

CAPITULO DECIMO SEXTO.

EL INSOMNIO.

La serie de continuadas impresiones, tan vehementes, que nuestro jóven había recibido desde que Elvira le abrió por entero su corazón la noche del baile, habían ahuyentado su sueño y le mantenían en un estado de constante sobreexcitación, que creció cuando supo que aunque el padre se interesó en saber sus antecedentes y sus intenciones, no había ninguna esperanza de que sus ilusiones más queridas llegaran a feliz realización.

La noche que siguió a la noticia de la ya innegable gravedad de su adorada, no pudo conciliar el sueño ni un solo momento.

Por un frecuente fenómeno que preside a las grandes crisis de la vida, su imaginación había adquirido una extraordinaria lucidez, que hacía desfilan ante él, como en un cinematógrafo, los acontecimientos de su vida, viniendo a terminar todos, como en un obligado epílogo, en el tremendo problema del imposible amor de Elvira.

Se asociaba en su alma, de modo obsesionante, el recuerdo de su idolatrada madre y el de su Elvira, a quien se representaba siempre, aun cuando estaba todavía sobre la tierra, en el cielo al lado de la autora de sus días. Esta obsesión le atormentó duran-

te aquella terrible noche. Siempre que volvía de uno a otro lado de la cama buscando el sueño, tornaba a ver a las dos, la madre y la abnegada niña, juntas en un vaporoso velo de visión indescriptible.

Su imaginación voló hasta la alegre casita en que felices habían transcurrido sus primeros años. Veía a su idolatrada madre sentada bajo del emparrado del portalón, tejiendo y cantando mientras él hacía, con la turba de sus menudos camaradas, minas y túneles en la arena de los médanos o aprisionaba los pequeños cangrejos de la playa para hacerlos desfilan, caminando de flanco. Veía los marinos amigos de su padre regresar a sus casas al caer la tarde, contentos, llevando a cuestras los besugos y atunes, pescados durante el día y de los cuales casi siempre dejaban uno al pasar por su casa, con un recado franco y respetuoso para su padre, que tanto amaban aquellos humildes vecinos.

Se veía después embarcándose por vez primera en el majestuoso y enorme trasatlántico. Los pañuelos que en la playa se agitaban mucho rato después que el monstruo había principiado a cabalgar sobre las olas. La alta mar; las noches alegres pasadas en la grata compañía de los viajeros que iban como él a América. La imborrable impresión que dejó en su memoria la ciudad de la Habana. La familia Martín; la amable y querida señora de Martín; sus compañeros de labores en la casa de comercio, y por úl-

timo, miraba el otro barco atracar por fin en Tampico, en el muelle del Río Pánuco, a la vista de un puerto de innúmeras construcciones, mitad coloniales, mitad modernas, con su típico puente «Romero Rubio» y sus edificios sin rejas de hierro en los balcones y de esa moderna construcción de cemento. Venía luego, con los más vívidos colores, la escena del teatro en que veía a su Elvira radiante de gracia y hermosura; oía los dulcísimos acordes del piano, y de nuevo presentábase a su vista aquella misma brillante estrella que, entre otras muchas, irradiaba en un cielo profundamente obscuro; la misma que en su imaginación mirara al hallarse sumido en plácido letargo. En seguida volvían a aparecer Elvira y su madre muerta.

Muchas veces trató de ahuyentar las tristes imágenes que así le atormentaban, pero todo era en vano. Su pensamiento, después de mil esearceos por los infinitos campos de la imaginación, volvía a rematar siempre en la misma fantástica escena: su madre y su adorada estaban allí juntas; viéndole amorosamente las dos; llamándole dulcemente e invitándole a que abandonara con ellas esta mísera vida de maldad y de bajezas.

Al fin la luz del día empezó a desvanecer la martirizante visión. El ruido de los madrugadores empleados del cajón de ropa que se disponían a levantarse y dar principio a las diarias faenas le volvió a la realidad, haciéndole entrever un rayo de espe-

ranza, al pensar que todo había sido forjado por su anormal cerebro y que la verdad de las cosas estaba allí, fría e insensible.

Tal vez a esas horas la amada de su corazón estaría, como él, substrayéndose al poder de los lúgubres fantasmas de una noche de insomnio y con su decisión inquebrantable, tal vez hubiera logrado ya domar la rebeldía de su padre y a esas horas se preparase a enviarle la feliz nueva por medio de una cartita. Tales pensamientos le dieron fuerzas para levantarse, salir y poner una cara casi alegre a sus compañeros, mejor interiorizados que él, de lo angustioso de su situación. En sus saludos le pareció a Marcelino leer cierta oculta condolencia o lástima, que le hizo temblar de nuevo por un instante.

La tienda se abrió y cada quien fuese a donde sus deberes los llamaban.

CAPITULO DECIMO SEPTIMO.

EL FIN.

Como de costumbre, Marcelino y Carlos, después de terminadas sus labores, salieron a la calle, cerca de las ocho de la noche. Se echaron a andar cabizbajos, sin cruzarse una palabra y abstraído cada quien en el mundo interior de sus pensamientos.

Carlos, el eterno bromista, había en-